

---

# EVANGELIZACION Y LIBERACION

---

Virgilio Zea, S.J.\*

---

## I. INTRODUCCION

Los documentos de Medellín y Puebla concretan en América Latina un estilo nuevo de ser Iglesia y de situarse ante la realidad. Son documentos cuyo original aparece publicado en español, compuestos por los Obispos del continente; con la participación de muchas personas que se han sentido Iglesia y que en una u otra forma han tenido oportunidad de criticarlo, de enriquecerlo, de ayudarlo a encontrar soluciones concretas para un mundo concreto. Todo esto dentro de un movimiento teológico de apertura al mundo.

Puebla repite en A. Latina lo que había sucedido en Europa con el Vaticano II. El Concilio, tratando

como los anteriores de responder a los problemas que enfrentaba la Iglesia, tiene un matiz completamente original y nuevo: aborda las situaciones, no para condenar, sino para buscar, a la luz del Evangelio, una respuesta al drama vivido por todos los hombres.

El Vaticano II acepta en el seno de la Iglesia todas las intuiciones que se habían ido generando entre los católicos, en su contacto con el dolor del mundo, las preguntas del existencialismo ateo, ante las ruinas de la segunda guerra mundial. En él nació la gran intuición de Pablo VI que se concretó en Medellín: abrir el Concilio Vaticano II hacia América Latina. El Vaticano II necesitó tiempo para ser aceptado, interiori-

---

\* Doctor en Teología, Universidad Gregoriana; Profesor en la Facultad de Teología, Universidad Javeriana, Bogotá.

zado, para cambiar las perspectivas de los cristianos.

Este es el caso del Documento de Puebla. Tiene ante sí un movimiento teológico cuyas raíces podríamos encontrar en la teología política de Metz, la teología de la esperanza de Moltmann, la teología de las realidades terrenas, en el Vaticano II y en la *Gaudium et Spes*, porque partiendo de la realidad, se siente interpelado por ella misma. Porque Vaticano II es consciente de que la revelación, *por ser esencialmente salvífica*, debe responder a la interpelación de la realidad; porque habiendo acontecido en la historia, en los dichos y hechos de Jesús, la historia y sobretodo la praxis de fe de los cristianos, en esa historia, deben hacer comprender más profundamente la revelación de Dios en Jesucristo.

Esta es la perspectiva y el punto de partida de Puebla: "nuestra conducta social es parte de nuestro seguimiento de Cristo. Nuestra reflexión sobre la proyección de la Iglesia en el mundo, como sacramento de comunión y salvación, es parte de nuestra reflexión teológica" (476).

La teología de liberación que nació en América Latina ha tenido mucho que ver con los movimientos de liberación y su praxis liberadora: Puebla acepta sus planteamientos críticos y ella misma hace una teología de la liberación. Desde dónde?

## II. TEOLOGIA DE LA LIBERACION EN PUEBLA

### 1. Liberación y Evangelización

Los Obispos se sienten interpelados por unos pueblos que claman por su salvación y por la comunión que el Padre les ha preparado, que luchan por vivir y por encontrar el sentido de su vida y esperan de ellos una Buena noticia (340.1).

Su misión: la evangelización, la enmarcan en un contexto bien amplio: cuál es la transformación de las personas y de las culturas que el Evangelio ha de hacer germinar? "Qué enseña la Iglesia sobre la auténtica liberación? Qué tiene que decir el Evangelio sobre el compromiso político y social del hombre?" (341).

La Evangelización encierra una "clara *proclamación* de que en Jesucristo, Hijo de Dios hecho hombre, muerto y resucitado se ofrece la salvación a todos los hombres, como don de la gracia" (352). Sigue una secuencia de ideas: Jesús, como Señor nos revela al Padre y nos comunica su Espíritu, nos lleva a la comunión con el Padre, *nos hace hijos y hermanos* y hace brotar frutos de justicia, de perdón, de respeto, de dignidad, de paz en el mundo (352).

Nos ofrece una salvación que comienza en esta vida, "se origina en Cristo, en su encarnación, en toda su vida, se logra de manera

definitiva en su muerte y resurrección y se continúa en la historia de los hombres" (353).

"Esa salvación es liberación de todo lo que oprime al hombre, tiene lazos muy fuertes con la promoción humana en sus aspectos de liberación y desarrollo, parte integrante de la evangelización" (354.5). "Estos brotan de la riqueza misma de la salvación, de la activación de la caridad de Dios en nosotros". El corazón del mensaje le exige a la Iglesia defender y colaborar en la liberación del hombre.

La urgencia de esta liberación se hace más fuerte, porque a Pueblos de fe cristiana se han "impuesto estructuras generadoras de injusticia", convirtiéndose en paradoja el hecho de que la fe no haya logrado penetrar los "criterios, las decisiones, el liderazgo y la organización de la convivencia económica de nuestros pueblos" (437.8).

Puebla reconoce en seguida el esfuerzo de los cristianos por la liberación y afirma que: "Toda la comunidad cristiana, en comunión con sus legítimos pastores y guiada por ellos, se constituye en sujeto responsable de la evangelización, de la liberación y promoción humana" (470.473.4).

Dentro del contexto de la liberación enmarca la enseñanza social con unos rasgos muy precisos:

— Aporta su visión propia del hombre y de la humanidad.

— Su finalidad es siempre la promoción de la liberación integral de

la persona humana, en su dimensión terrena y trascendente (475).

— Será creíble y aceptable si responde eficazmente a los desafíos y problemas graves de nuestra realidad latinoamericana (476), donde hombres disminuídos reclaman acciones urgentes.

— No podemos proponerla sin ser interpelados nosotros mismos en nuestro comportamiento personal e institucional.

— Exige coherencia, creatividad, audacia y entrega total.

— Nuestra conducta social es parte integrante de nuestro seguimiento de Cristo.

## 2. Liberación y Sociedad

El hombre al que hay que liberar y evangelizar vive en un marco humano y social. Nace y vive dentro de una cultura, la cual le impregna de sus valores, lo condiciona: es el misterio del pecado y de la redención, de la solidaridad profunda del hombre.

Pero ese hombre es el creador de esas culturas, de ahí la necesidad de hacer penetrar el evangelio "en las fuentes de decisión y en las fuentes inspiradoras de los modelos y de la vida social y política" (350.388.389.1120.1127).

El hombre no es totalmente esclavo de las condiciones socioeconómicas, aunque sí depende de ellas. Hay por lo mismo que cambiar las estructuras con acciones rápidas,

para que su transformación ayude a la liberación del hombre.

Por la evangelización, debe alcanzar no sólo al individuo, sino a las culturas, transformar los valores determinantes, las líneas de pensamiento, los criterios de juicio, las fuentes inspiradoras, los modelos de vida (390).

De ahí se sigue otra afirmación: el cristiano debe hallarse activamente presente y comprometido en la política, dimensión constitutiva del hombre, englobante, aunque no agota todo su ser (513). Es deber y derecho de la Iglesia estar presente en este campo, por una razón interna a su mismo ser, ya que "del mensaje integral de Cristo se deriva una antropología y una teología originales que abarcan la vida concreta, personal y social del hombre" (515. 7).

Estos párrafos, donde se manifiesta una clara conciencia de que el hombre es eminentemente un ser social, nacido en una cultura que deja en él una huella y lo condiciona profundamente, o para hacerlo más libre y señor de sí o para esclavizarlo, manifiestan que, la acción cristiana no puede reducirse a un esfuerzo de conversión interior del hombre, sino que debe crear estructuras que lo ayuden a poder ser hombre libre y responsable de la historia.

Esquemáticamente se podría decir:

— Evangelizar a Jesucristo es la misión esencial de la Iglesia.

— Debe abarcar las culturas en que nace el hombre, que, se reflejan y expresan en las estructuras socio-económicas.

— La liberación incluye por lo mismo, varios niveles esenciales, complementarios, integrados: cambio de la persona por la gracia de Cristo, creación de estructuras más humanas, promoción de la persona, apertura a la plenitud de la historia; en el encuentro con Dios.

### 3. Sistemas Sociales y Liberación

Puebla, consciente de que su acción, por desarrollarse en una historia concreta, tiene que ver con los sistemas que en esa historia liberan o esclavizan al hombre, traza un cuadro de esos sistemas y presenta una alternativa:

— América Latina vive encadenada en sistemas que van contra la dignidad del hombre y la genuina libertad, e impiden la comunión entre ellos (306); para los cuales los hombres no son fundamentalmente iguales; marcados por las discriminaciones y marginaciones, donde impera la desigualdad en contra del asalariado, obrero, campesino, clase media. (309).

— El mismo marxismo, nacido de la crítica al fetichismo de la mercancía, no logra ir a la raíz de esta idolatría y se constituye en un nuevo totalitarismo de estado.

Ante esta realidad, la Iglesia quiere mantenerse libre para optar sólo

por el hombre, mediante la verdad sobre él. Allí cree encontrar aliento para superar la alternativa entre capitalismo y marxismo y para contribuir a la construcción de una sociedad más justa fraterna y abierta al trascendente (551).

Cree que en el centro de su mensaje encuentra inspiración para actuar en favor de la fraternidad, la justicia y la paz, contra las dominaciones, la esclavitud y la discriminación; esa inspiración debe llevar a los cristianos a elaborar proyectos históricos de una nueva sociedad, a una acción audaz y creativa, que tenga su inspiración en la enseñanza y en los valores originales de la antropología cristiana (552).

#### 4. Una Nueva Sociedad

No parece que Puebla se contente con buenos consejos, nos plantea en varios sitios los rasgos que deben caracterizar una sociedad distinta. Por contraste con la actual, debe ser una sociedad que tenga como su centro al hombre y que, por lo mismo, realice “cambios profundos y necesarios para una sociedad más justa”, cambios estructurales, únicos capaces de transformar la sociedad (64).

Será necesario que desaparezcan, en cuanto implican fuente de injusticia y de dependencia esclavizantes, las “dependencias económicas, tecnológicas, política y cultural” (66).

Frente a los poderes multinacionales y para conquistar los derechos

de los pueblos de América Latina hace falta la “integración entre nuestras naciones” (65) ya que estos poderes solo velan por sus propios intereses. El reciente caso de Nicaragua puso de manifiesto lo que significan el apoyo de la opinión pública y de la diplomacia, en la búsqueda de los caminos de liberación.

Al insistir en la necesidad de reformas estructurales en múltiples niveles, enfatiza la urgencia de un cambio tal de valores, que el hombre se rija en sus relaciones públicas por la honestidad, el amor al trabajo, el sentido social, la justicia y la solidaridad por el futuro de nuestras naciones (69). Estos cambios llevarían al hombre a abandonar la carrera armamentista porque fortalecerían la “comunidad con Dios y la fraternidad” (67.9).

La sociedad, a partir de las aspiraciones de los pueblos de América Latina, debe caracterizarse por “una calidad de vida más humana, sobre todo por su irrenunciable dimensión religiosa, su búsqueda de Dios, del Reino que Cristo nos trajo”, por una distribución más justa de los bienes y las oportunidades, “por una convivencia social fraterna donde se tutelen y fomenten los derechos humanos, las metas se decidan por el consenso y no por la fuerza o la violencia”, por “cambios estructurales que aseguren una situación justa para las grandes mayorías” (132.4).

“Ser tenido en cuenta como persona responsable y como sujeto de la historia, por su capacidad de participar en las opciones políticas, la

producción, el avance de la ciencia y de la técnica moderna, la cultura y el esparcimiento" (135.6).

Es clara la conclusión de Puebla: "nuestro pueblo desea una liberación integral que no se agota en el cuadro de su existencia temporal sino que se proyecta a la comunión plena con Dios y con sus hermanos en la eternidad, comunión que ya comienza a realizarse, aunque imperfectamente, en la historia" (141)

### III. LIBERACION EN EL MARCO DE LA LIBERTAD

Podríamos establecer un marco antropológico teológico en el cual Puebla sitúa la liberación:

#### 1. El marco de la libertad

Esta es a la vez don y tarea; no se da sin liberación integral, y constituye para el cristianismo la meta del hombre. Implica la posibilidad de disponer de nosotros para ir construyendo una comunión y participación que han de plasmarse en realidades sobre tres planos inseparables: "la relación del hombre con el mundo, como señor, con las personas como hermanos y con Dios como hijo" (322).

La libertad cuando se expresa en el dominio técnico de la materia, es una realización inicial de la propia dignidad; esa técnica tiene que liberarse de toda esclavitud, integrándose en el plano superior de las relaciones personales, donde el hombre se encuentra consigo mismo y con los demás (323.4). La dignidad,

expresión y realización de la libertad, se realiza en el amor fraterno, incluye el servicio mutuo, la aceptación y promoción práctica de los otros, especialmente de los más necesitados (324).

La dignidad del hombre es declaración fundamental en Puebla, su origen está en Dios y en la solidaridad de Jesucristo con el hombre, no se logra en forma auténtica si no estamos liberados para realizarnos en el plano de la relación con el trascendente. Por lo mismo, sin liberación en el plano de la relación con Dios, es imposible ser libres en las relaciones con los demás. Esta afirmación se relaciona con otra: sólo en la persona de Jesús se revela el verdadero rostro del hombre. Surge entonces la pregunta: que clase de antropología que brota de Puebla, del Evangelio?

En Jesús se nos manifiesta el rostro de Dios como Padre y el ser del hombre como Hijo de Dios. Palabras vanas? O esta revelación supone y exige el asumir ante Dios la actitud de hijos, la actitud de Jesús, y ante el otro la actitud del hermano? Vivir la actitud del hijo es vivir de la certeza de que venimos de un origen común, que nos hace radicalmente iguales, que pone en nosotros y en cada uno, las mismas ansias de plenitud, los mismos deseos de amar y ser amados, la necesidad del otro, sin el cual es imposible construir el mundo en fraternidad. Por lo mismo sentirme hijo es afirmar que no tengo derecho a disponer del otro, a pisotearlo, a violentar su libertad, porque tan poco Dios violenta la libertad del hombre.

## 2. El Dios de la Escritura, Dios de libertad

El sentido de lo que la Biblia presenta como sacrificio de Isaac es este: el Dios Yahwe, a quien Abraham ha adorado al abandonar los ídolos y el culto de las fuerzas de la naturaleza, es un Dios personal, amoroso, que lo libera de los cultos demoníacos en que se ofrecían sacrificios humanos, Dios no quiere la sangre de un inocente, sino la total disponibilidad en el amor, la absoluta confianza en el Dios que, al llamarlo fuera de su tierra, no desea que Abraham piense en congraciarse a Dios por el sacrificio de su hijo, sino por la entrega de su voluntad que, pone el futuro en manos de Dios y de la generosidad del mismo Abraham.

En esa dimensión obra Jesús, ese es el Dios que él revela. El Dios del Samaritano no tiene excusas para dejar abandonado al hombre caído en manos de ladrones, es exigencia de un amor totalmente desinteresado que se incomoda por el hombre, cuya nacionalidad se desconoce, cuyo agradecimiento es incierto.

Es el Dios que desafía al hombre que, lo llama Padre, a no permanecer al nivel del pagano: éste limita su apertura a aquellos que piensan como él, a quienes tienen posibilidad de hacerle el bien; el Dios de Israel que no tiene límites en su amor porque ha hecho su lluvia y su sol para todos los hombres, le pide a quien cree en él que, manifieste ese amor de Dios, siendo como Dios, capaz de perdonar y de amar a sus enemigos y de hacer

bien a quienes lo persiguen y maldicen (Mt. 5,43).

El Dios de Jesucristo, es el Dios que quita el miedo del otro. El pagano se afana localmente por todo lo que se ve y se palpa; convierte al vecino en el antagonista que al querer compartir los bienes de la tierra, no nos permite ser señores absolutos; el pagano tiene miedo del otro porque le puede arrebatar dominio, poder. Si Dios es Señor por el amor en el corazón del hombre, la inquietud desaparece, desaparece el miedo del hermano y surge el anhelo de crear un mundo de justicia, de igualdad entre los hombres (Mt 6, 25). Vivir en el espíritu de hijo de Dios significa vivir en confianza para amar y para transformar el poder, la autoridad, el dominio, en fuentes, no de opresión, sino de amor. "El que es libre según Dios sólo se compromete a las acciones dignas de su Padre y de sus hermanos los hombres" (202-204).

Desde Jesucristo surge una antropología de respeto por la cual se nos afirma que no tenemos ni derecho ni autoridad para trazar la vida de los otros, pero sí la obligación de abrirles horizontes de libertad, posibilidades de realización, que creen para ellos los mismos anhelos que sentimos en nosotros.

Jesús de Nazaret realiza su existencia en el diálogo con Dios, interpellando al hombre, pero esperando siempre la respuesta libre del mismo. Este hombre no es manipulado ni por Dios, ni por Jesús, Esta es la única forma de ser como El: construir la fraternidad como El.

El mismo Dios, para Jesús, se entiende como servicio: Jesús que desafiando a los fariseos le pide al hombre de la mano seca que salga al medio, cree que si ellos salvan de un hueco a una ovejita en día de sábado, El debe restituir la salud a un hombre en sábado, porque para Dios vale más el hombre que la oveja y porque el sábado, la ley de Dios es para el hombre y no el hombre para el sábado. La ley es la expresión de la alianza de Dios con el hombre, la concretización del amor de un Dios que al crear al hombre capaz de su amor encontró su sentido y su máxima revelación en el don de sí mismo a su creatura, en Jesucristo (Mc 2 - 3.6 y par.).

El hombre es Señor, porque es hijo de Dios, es decir, ninguna de las obras de sus manos debe esclavizar al hombre. Sería paradójico, que el Señor adorara la obra de sus manos. Y sin embargo ahí surge una esclavitud muy sutil: el hombre, dueño del dinero teme al otro porque puede pedirle compartir su dinero, el dinero que debería ayudarle a construir un mundo de fraternidad; por eso para no perder lo adquirido, se defiende y esclaviza al otro.

Qué quiere decir Puebla cuando nos habla de ser liberados en el plano de nuestra relación con el trascendente? Aquí se plantea la pregunta más honda sobre el cristianismo: lo típico del ser cristiano es creer que ese trascendente personal al que llamamos Dios, se nos ha dado como salvación definitiva y total en nuestra historia, en Jesús de Nazaret. Que Dios, por ser creador, constituye la relación más pro-

funda, fundante del hombre, y es aquel sin cuya relación todas nuestras otras relaciones se desquician.

Cuando el hombre niega a Dios, sigue atraído por El. Sin El dejaría de existir, sigue llamado por la persona que será la plenitud de todas sus aspiraciones, sigue recibiendo el ser de quien lo impulsa a realizarse, a crecer en la relación personal con sus hermanos. Esa fuerza de atracción permanece, pero el hombre libremente se niega a aceptar al Dios personal que lo llama y cambia radicalmente el sentido de la fuerza del amor que lo lleva a Dios; se cree el absoluto que lo puede todo y que debe disponer de todo.

Llega, al extremo de la ironía. Sabe que debe morir y, para no tener que pensar en esta clara manifestación de su caducidad, de su pobreza, la olvida, se absolutiza: su ciencia no tiene límites, su dominio del espacio, parece que no tuviera fronteras, su anhelo de poder económico, de influjo sobre los demás cobra unas dimensiones tiránicas, y entonces surgen las actitudes de nuestros regímenes: hay que fortalecer los poderes económicos que pueden sustentar nuestro propio poder, hay que acallar en sangre el clamor de las masas, hay que declarar inflacionario el salario del pobre, hay que reformar la justicia para poder reprimir al que no tiene más fuerza que la unión, para poder gritar que se lo explota.

Esclavo de un ídolo: el dinero, el poder, el hombre crea un sistema que justifica todo lo que él hace, un sistema al que muchas veces

llama cristiano, defensor del orden y de la cultura.

Ahí viene la gran afirmación de Puebla: Jesucristo revela el hombre al hombre mismo, lo hace libre por la fuerza del Espíritu y le da la fuerza para crear estructuras distintas. ¿Qué quiere decir esto?

Cuando el hombre se sitúa ante un código de reglas, ante la necesidad de mantener el orden, ante la preocupación por el desarrollo y no ante Dios o ante el hermano, domestica las reglas, amaña el sentido del desarrollo y a partir de esto juzga y condena, manipula y destruye al otro. Es la actitud que los fariseos echan de menos en los discípulos de Jesús: cómo es que vuestro maestro come con publicanos y pecadores? Por qué tus discípulos no ayunan? por qué hacen en sábado lo que no está permitido por la ley? (Mc 2).

Situados ante la regla perdemos de vista a Dios y a nosotros mismos: el fariseo que condena a Jesús, que se deja acariciar de una mujer pecadora, olvida que él es pecador y necesitado de la misericordia de Dios. Los que condenan a la mujer adúltera no se preguntan si ellos, tan cuidadosos de aplicar la ley a los demás, han forzado a otras mujeres a cometer adulterio. Es mejor no tener que encararse con Dios; delante de El estamos llenos de pecado y no podemos tirar la primera piedra.

Enfrentado con la regla, el hombre desafía al mismo Dios y le echa en cara la culpa de todo el pecado de su hermano, porque tiene miedo

del desafío de Dios: del Dios que, en el *hombre* caído en manos de ladrones, nos invita a olvidar nuestra propia comodidad; que en el hermano que ha vuelto deshecho por sus pecados nos llama a alegrarnos y abrirnos a la capacidad creadora del amor que hace resucitar al que había muerto y que encuentra al que se había perdido; enfrentarnos con el Dios que nos perdona 10.000 talentos nos haría perdonar al pobre hermano que no nos debe sino cien denarios.

No acepto el encuentro con el Dios que corre el riesgo de la libertad y del pecado de mi hermano. Jesús, es revelación de lo que es el hombre porque nos manifiesta la antropología de la entrega total.

Para Jesús lo más hondo de la realidad es el amor que se da a sí mismo, es un amor que sale de sí para crear un hombre al que pueda amar, al que pueda hablarle de amor, en un mundo que confía a la responsabilidad de sus manos.

Cuando el hombre se expone al otro, cuando deja poner en tela de juicio sus puntos de vista siente que se relativiza lo suyo, pero que se lo enriquece, porque se le hace sentir que su verdad no es sino una parte de la verdad.

Tendemos a instalarnos en nuestra verdad, aunque nos volvamos esclavos de ella, por eso el Dios de Abraham es el Dios del éxodo; el Dios que nos invita a mirar en cualquiera, en un *hombre* a nuestro prójimo. Defendemos la libertad de enseñanza por defender y salvaguardar nuestros derechos, los de nues-

tro grupo, aunque haya muchos hombres que no tienen ninguna posibilidad, que son los que han caído en manos de ladrones, porque no tienen ningún derecho a la ciencia.

Jesús en el Huerto de los Olivos muestra que el hombre no tiene sobre sí mismo la última palabra, que hay momentos en su historia en que no puede sino balbucear la palabra de su entrega y su don a Dios. Porque Jesús cree en el Dios de la resurrección como Dios del futuro, la cruz y el huerto, en medio del fracaso, son el lugar supremo de la coherencia.

Jesús se vuelve cuestionamiento radical de su Iglesia para que ella se abra al Dios del futuro, para que crea readicalmente en la fuerza del Espíritu Santo que resucitó a Jesús de entre los muertos, a ese Jesús clavado en un patíbulo, al Jesús que fracasa por su amor sin condiciones al hombre.

Manifiesta la antropología más honda porque el Dios de la resurrección es el Dios de la esperanza, el Dios que afirma que la vida del hombre no termina en el fracaso.

El hombre que cree en la resurrección vive la convicción de que cuando todo termina en el fracaso, aún no ha terminado la historia; de que tiene motivos muy hondos para la audacia, porque no está solo. Vive seguro de que todo cuanto hacemos los hombres es profundamente necesario, pero al mismo tiempo positivamente relativo. En una dimensión de Iglesia esto nos debería llevar a la paciencia ante la

diversidad de los otros, para apoyar la audacia de quienes, movidos por el Espíritu, se comprometen en un cambio; y a relativizar lo nuestro, porque la última palabra sobre el proceso de la historia no la tenemos nosotros sino el Dios que en Jesucristo muerto y resucitado ha dado un sí total a la historia del hombre.

Olvidamos que Dios es el Dios de la historia, en la cual no todo está trazado, en la cual hay que arriesgar algo. La cruz de Jesús no es sólo su cruz, sino la de todo aquel que se entrega en sinceridad total y no es entendido. Es la cruz de quien confía hasta tal punto en el hombre que deja en manos de sus discípulos toda su misión, de quien habiendo sido negado y abandonado, no se desilusiona y vuelve como resucitado, donde los mismos que huyeron en la tarde del viernes.

La cruz de Jesús es la aceptación de la historia donde sólo muy lentamente los hombres comprenden que en "Jesucristo no hay ni hombre, ni mujer, ni esclavo ni libre, sino que todos somos una sola cosa en Cristo", de quien acepta que cada generación, que cada hombre tiene que descubrir la verdad para poder vivirla en su vida; es la cruz de quien se entrega a la muerte en un mundo dividido por los odios, para destruir en su cuerpo, ese odio y unirnos a todos en el amor y en la adoración de un mismo Dios.

La cruz de Jesús es la cruz del martirio de América Latina, hombre que espera hoy una respuesta de la Iglesia evangelizadora.

#### IV. LIBERACION GRACIA Y PECADO

Desde la perspectiva de Jesús, Puebla replantea dos conceptos que tienen una importancia primordial en el esfuerzo de liberación: pecado y gracia. Es importante estudiarlos para entender la perspectiva de liberación que Puebla sugiere.

Ha afirmado que la dignidad humana viene de nuestro ser de criaturas amadas por Dios: nacidos del amor, vivimos orientados hacia el mismo amor. No somos juguete de fuerzas ciegas que nos arrojan al mundo o nos destruyen caprichosamente. Esa dignidad se acrecienta por la solidaridad de Jesucristo con el hombre.

##### 1. Gracia y liberación

En esta perspectiva el encuentro de Dios con el hombre es fuente radical de liberación: Dios es para el hombre la exigencia suprema de compromiso con la historia y de respuesta a los desafíos de la historia. Jesús se siente enviado a predicar una buena nueva a un mundo pecador y a sanar no a los justos, sino a los pecadores.

La liberación en el plano de la relación con Dios repercute, por la fuerza intrínseca del amor, en nuestra capacidad de hacer libres a los demás, de relacionarnos en libertad: "Si sobre el plano trascendente se realiza en plenitud nuestra libertad por la aceptación filial y fiel de Dios, entramos en comunión de amor con el misterio divino. . . el amor de Dios se vuelve, por necesi-

dad, comunión de amor con los demás hombres y participación fraterna; para nosotros hoy, debe volverse, principalmente, obra de justicia para los oprimidos, esfuerzo de liberación para quienes más lo necesitan" (326.7).

Cómo entender esto desde Jesús? El Evangelio de Juan afirma tajantemente: "Por esto me ama mi Padre porque yo doy mi vida para volverla a tomar" (Jo 10, 17). Pero es un dar la vida en favor de los hombres. "Es necesario que el mundo sepa que yo amo al Padre y que hago como el Padre me lo ha ordenado" (Jo 14, 31, Jo 17).

En Juan es clara la identificación entre el amor de Dios Padre por los hombres y el amor de Jesús por los hombres. Más aún, hay que afirmar que la respuesta de Jesús a Dios tiene un camino obligado: su amor y su entrega a los hombres.

Es lo mismo que expresa Pablo en el himno a los Filipenses: "por lo cual, por su solidaridad con los hombres, Dios lo exaltó y le dio un nombre que está sobre todo nombre". . . Es lo que asume Puebla: Dios responde resucitando al que murió en un patíbulo por su fidelidad al hombre (195).

El camino de los seguidores de Cristo no puede ser distinto, por eso Puebla afirma "el amor de Dios que nos dignifica radicalmente y al que llamamos gracia", no se realiza, como el pecado, sino extendiéndose simultáneamente a los otros dos planos, mundo hombres, con inmensas consecuencias para la dignidad humana" (327.6). "No se pue-

de hoy en América Latina amar al hermano y por lo tanto a Dios, sin comprometerse a nivel personal y en muchos casos a nivel de estructuras, con el servicio y la promoción de los grupos humanos y de los estratos sociales más desposeídos y humillados, con todas las consecuencias que se siguen en el plano de esas realidades temporales" (327).

"La comunión y participación verdaderas sólo pueden existir en esta vida, proyectadas sobre el plano muy concreto de las realidades temporales. Esta liberación la expresa Puebla en muchos otros apartes complementarios.

Sintiéndose cada hombre amado por Dios en forma irrepetible, tiene también un valor inefable; ser social-persona que encuentra en el diálogo a la otra persona, "no podemos realizar nuestra dignidad sino como dueños responsables del destino común".

Inteligentes libres, llamados por un Dios que interpela lo más hondo de esa libertad para hacerla verdaderamente libre ante los procesos económicos, y políticos, aunque sea cierto que ellos también en muchos aspectos nos condicionan (335).

Qué sea gracia y su dimensión de don y de tarea, se entiende en la persona de Jesús: la gracia siempre dice relación a la otra persona cuyo amor es un don imprevisible y gratuito. Gracia es vivir como Jesús, poniendo todo el futuro en manos de Dios, sintiéndose dinamizado por su amor, seguro porque se confía en quien es fiel al hombre; y es

ser consciente de que Dios es la máxima exigencia de corresponsabilidad y compromiso, de que la acción del Padre busca pasar siempre a través de la nuestra (276).

Gracia es una solidaridad tan honda que como Jesús "sabemos que se debe liberar el dolor por el dolor, esto es, asumiendo la cruz y convirtiéndola en fuente de vida-pascual" (278).

Desde aquí aparece claro el planteamiento de Puebla: la manera de convertir el dolor de América Latina en crecimiento hacia una sociedad más justa es "forjar hombres según la praxis de Jesús": hombres que viviendo desde Dios, asuman el propio dolor y el de los pueblos en "solidaridad y en desafío para la iniciativa y la imaginación creadoras" (279).

## **2. Pecado - Idolos - Esclavitud**

Realidad contrapuesta: el pecado o ruptura con Dios, no a la comunión a que hemos sido llamados por él (185.328). A este pecado corresponde siempre en el plano de las relaciones interpersonales la actitud de egoísmo, que genera la injusticia, la dominación, la violencia. . . lucha entre los individuos y grupos, clases sociales. . . situaciones de pecado que esclavizan a tantos hombres y condicionan adversamente la libertad de todos (328.500).

Si entendemos al hombre como un dinamismo personal que busca el absoluto, podremos comprender el pensamiento de Puebla. Cada conquista que realiza en cualquier cam-

po de la ciencia le abre nuevas aspiraciones, nuevos desafíos y posibilidades y al mismo tiempo mayor conciencia de su poder, de su responsabilidad. Conciencia que, animada por el amor, pondrá su poder al servicio de los hombres; o embriaguez por la cual olvida cuánto debe a los demás y absolutiza su persona, su autoridad. Es la realidad de los totalitarismos del dinero, del poder, del lucro, del partido. Ansioso de dominio crea sociedades donde la propiedad se convierte en absoluto, sin deberes sociales; donde la persona se convierte en función de la conciencia de los mesianismos sociales que rigen la sociedad civil.

“Nada es divino y adorable fuera de Dios. El hombre cae en la esclavitud cuando diviniza o absolutiza la riqueza, el poder, el Estado. . . Dios mismo es la fuente de liberación radical de todas las formas de idolatría, porque la adoración de lo no adorable y la absolutización de lo relativo, lleva a la violación de lo más íntimo de la persona humana” He ahí en toda su crudeza y fuerza, el misterio del pecado (491).

El capitalismo y el marxismo, como idolatría del dinero hacen olvidar que la propiedad es sólo un “poder de gestión y administración que, si bien no excluye el dominio, no lo hace absoluto ni ilimitado, sino por el contrario debe ser fuente de libertad para todos, jamás de dominación ni privilegios (492).

Desde esta comprensión del pecado y la esclavitud que engendra, tiene sentido el estudio que hace

Puebla de una serie de ídolos: “cuando el hombre concentra toda su atención en tenerlos o aún en codiciarlos, se vuelven absolutos” (493).

América Latina vive bajo el ídolo de la riqueza, de ahí nacen “los crueles contrastes de lujo y extrema pobreza”, de ahí dos “injusticias institucionalizadas: “el capitalismo liberal y el colectivismo marxista” (494.5).

Puebla es consciente de la existencia de otros ídolos en América Latina: el “hedonismo erigido en valor supremo”, una voluntad de poder y dominio, de discriminaciones de todo género” (435). Estructuras generadoras de injusticia nacen de las ideologías de culturas dominantes y son incoherentes con la fe propia de nuestra cultura popular” (437).

Desde esta perspectiva sugiere la liberación de todas las servidumbres, del pecado personal y social, de todo lo que desgarrar al hombre y a la sociedad, que tiene su fuente en el egoísmo “y la liberación para el crecimiento progresivo en el ser, por la comunión con Dios y con los hombres” (482). Esta misma conciencia se expresa cuando juega con términos complementarios: si no concretamos la liberación que Cristo nos mereció en la cruz, lo mismo que, si olvidamos la liberación del corazón, eje de la evangelización liberadora, “mutilamos la liberación de modo irreparable”; lo mismo, si olvidamos las dependencias y esclavitudes creadas por los gobiernos” (485).

En esta perspectiva de liberación, se sitúa ante temas bien controvertidos: El poder es bueno por el servicio que debe prestar a la sociedad, pero el pecado corrompe su uso, porque absolutiza el poder. "El uso totalitario del poder es una forma de idolatría, génesis de los regímenes totalitarios del Continente y uno de los más serios obstáculos para el pleno desarrollo de los derechos de la persona" (498.500).

Las ideologías "que convierten la injusticia en medio para la conquista del poder" (509), son otra fuente de dependencia de la América Latina. Se concretan en dos formas de violencia política: "la realizada por la autoridad encargada de tutelar el bien común"; "la violencia terrorística cruel e incontrolable cuando se desata". La violencia engendra "nuevas formas de opresión y esclavitud, de ordinario más graves que aquellas de las que se pretenden liberar" (531.2). . .

### 3. Ideologías y Liberación

La razón por la cual Puebla se muestra circunspecta ante las ideologías es bien clara: encuentra valores en ellas, pero grandes peligros. "Es la visión de la realidad de un grupo social, es parcial. . . será legítima si los intereses que defienden lo son" y si respetan "los derechos fundamentales de los demás grupos de la nación". Pero las ideologías tienden a absolutizar su visión de la realidad (535.6). Surge un "nuevo ídolo del cual se acepta el carácter totalitario y obligatorio". "Despiertan un dinamismo arrollador, contagioso, dotadas de poder-

sa fuerza de conquista y fervor redentor" (537). . . el liberalismo capitalista infunde aliento a la capacidad creadora de la libertad humana y ha sido impulso del progreso" (542). El colectivismo marxista: "nacido de una positiva crítica al fetichismo de la mercancía y al desconocimiento del valor humano del trabajo" (543).

Los dos sim embargo no van a la raíz de las idolatrías y por lo mismo, generan esclavitud cuando "rechazan el Dios de amor y justicia, único Dios adorable" (543).

Conocidos los excesos del capitalismo, Puebla critica en la perspectiva de la liberación, las esclavitudes que genera el marxismo, "dictadura proletaria. . . dictadura de partido". Todas sus experiencias históricas concretas se han realizado en regímenes totalitarios. . . sociedad totalitaria y violenta a que conduce este proceso" (544.313).

Plantea entonces una alternativa distinta, el pensamiento social de la Iglesia, fundado en una antropología que hunde sus raíces en el Evangelio de Cristo: su objeto primario es la dignidad personal del hombre, imagen de Dios y la tutela de sus derechos inalienables, su finalidad, "la promoción de la liberación integral de la persona humana, en su dimensión terrena y trascendente" (475).

Esa enseñanza, para ser aceptada debe ser creíble, por lo mismo debe "responder eficazmente a los desafíos y problemas graves que surgen de nuestra realidad latinoamericana". Debe generar acciones urgentes en el campo promocional, un cam-

bio radical en la conducta personal y social. Doctrina social, liberación y evangelización son tres dimensiones inseparables: la conducta social es parte del seguimiento de Cristo, la evangelización sin la interpelación de la vida concreta resulta incompleta (476.9).

Los rasgos de esa liberación integral que debe promover son bien claros:

— liberación de todas las servidumbres, *del pecado personal y social, de todo lo que desgarr* al hombre y a la sociedad.

— liberación *para* el crecimiento progresivo en el ser

— *por* la comunión con Dios y con los hombres.

— que se va realizando en la historia social, política, económica y cultural y en el conjunto de las relaciones del hombre (482.3).

— liberación *por* la fuerza del amor que se nos da en Cristo y que descubre al hombre su ser de hijo y hermano, llamado a vivir en comunidad de hermano; presencia del amor de Dios que es comunión y participación, que culmina en la perfecta comunión del cielo" (484.2).

Si ha descrito los rasgos de la liberación, tiene sentido afirmar: — traicionaríamos la liberación si la mutiláramos en alguno de sus aspectos (485).

## V. LIBERACION EN LA REALIDAD

La evangelización liberadora que urgen los obispos, por gravísimas razones (487) tiene para ellos tres "lugares preferenciales" la familia, las comunidades de base, como Iglesias donde se vive la fe en intimidad y se comparte la eucaristía, donde se forma el corazón del hombre en los valores que inspira el cristianismo (567) y la Iglesia particular. Deben formar "personas conscientes, unidas en comunidad de fraternidad para fomentar el desarrollo común. . . deben orientarse a trocar las estructuras injustas por la comunión y participación entre los hombres y por la celebración de la fe en la vida cotidiana" (587).

Las dos, "convertidas por la fuerza liberadora del Evangelio en escuela del más rico humanismo", en comunión con la Iglesia particular (589), deben vivir dimensiones proféticas, comprometidas en favor de un mundo de justicia y de paz (587).

En estos centros privilegiados de evangelización, tienen que hacerse realidad dos opciones de Puebla: opción preferencial por los pobres y por la juventud: allí deben formarse, en cuanto compete al cristianismo, los constructores de la sociedad pluralista.

Estos centros privilegiados de evangelización hacen posible que la opción privilegiada por el pobre surja desde el seno de las comunida-

des de Base y no aparezca como algo extraño, advenedizo a las personas.

En efecto, entendido este compromiso a partir de la persona de Jesús, no será pleno sino cuando se exprese a través de la solidaridad, como la del "Hijo de Dios que se identificó con los hombres haciéndose uno de ellos y asumiendo la situación en que se encuentran" (1141).

Los pobres son los primeros destinatarios de la evangelización, en ellos la imagen de Dios rota y destrozada clama pidiendo un compromiso claro de justicia y de gracia (1147).

Se plantea entonces una pregunta que supone el compromiso social de la Iglesia que es consciente del poder que tiene en América Latina y del influjo que pueda ejercer, para formar la opinión y para mover las conciencias, dentro de la libertad. Como se relaciona ese compromiso con el pobre con las estructuras, con la promoción de la justicia, con el compromiso social y político del cristiano?

— "El servicio del pobre aparece como medida privilegiada del seguimiento de Cristo" (1145).

— "María nos hace conscientes de que la salvación de Dios tiene que ver con la justicia hacia los pobres" (114).

— Que el servicio al hermano nos debe llevar antes que todo a cum-

plir las exigencias de la justicia, a suprimir las causas de la extrema pobreza (1146).

Qué supone esto si la Iglesia afirma al mismo tiempo como "su deber y derecho estar presente en el campo de la política" y que la razón de su presencia "proviene de lo más íntimo de la fe cristiana: el Señorío de Cristo que se extiende a toda la vida" (515.6).

Una Iglesia que en sus pastores se compromete a promover los valores que deben inspirar la política, interpretando los anhelos de aquellos que la sociedad tiende a marginar (522) debe, sin duda ninguna, convertirse y abandonar lo que en ella disminuya la libertad en su compromiso, su credibilidad, lo que la haga aparecer aliada del poder del dinero y aún de los mismos totalitarismos que condena.

Qué rostro de Iglesia debe surgir y que madurez cristiana debemos crear, si comprometidos con el pobre, somos conscientes de que a nuestros cristianos, su compromiso los ha de llevar a una política de partido, por la cual se propongan conseguir el poder político para resolver las cuestiones económicas, sociales, según sus propios criterios e ideología? (523).

Allí está el desafío que se presenta a la Iglesia: formar hombres creativos "que busquen opciones cada vez más conformes con el bien común y las necesidades de los más débiles" (525).